

Apuntes de un ritual

Por Santiago Espinosa de los Monteros

"Caminaba fijando en los ojos el menor resplandor de la luna en el agua, el más leve roce de las hojas reseca. Cuando se daba cuenta del placer que le daban el agua, las hojas, el viento, apretaba los dientes y por medio de oraciones convertía el placer en culpa, hasta que una distracción lo hacía gozar de nuevo cualquier sonido breve (un pájaro que pasaba o el crujido de la arena bajo los pies) y comenzaba de nuevo, con culpa acrecentada, sus oraciones."

Alberto Ruy Sánchez,
Los demonios de la lengua

Hacia el diez de abril de 1980, se llevaba a cabo en la ya desaparecida Galería Chapultepec, dependiente del Instituto Nacional de Bellas Artes, la que fuera la primera exposición individual de Sergio Hernández. Para esa ocasión, él mismo escribió el texto que se reproduce en la invitación y que más parece ser una declaración de principios hasta hoy ejercida, que la

usual fraseología casi siempre timorata de quien se lanza al ruedo por primera vez: "El drama nace en el acto de pintar. Cuando pinto no busco temas, ni me trazo metas. Tomo los medios a mi alcance y juego con los materiales. A veces veo con azoro que mi dibujo se vuelve independiente de mí mismo. La línea, el color, la forma, quedan en libertad, como parte de un proceso que sucede fuera de mi elección o de mi control.

"Surgen cosas inesperadas y me sorprenden. Al borrarlas aparecen otras. Nacen, siempre están naciendo. Las dejo existir y si no alcanzan la forma que quiero, no vacilo en romperlas. Cuando mis dibujos se acercan a mi intención, entonces les pongo un nombre, un título.

"Pintar es una aventura sin límites. Mi realidad va tomando forma y salta fuera de mí. Cualquier cosa puede suceder: la fantasía siempre va más allá sin que pueda contenerla, más lejos de mi voluntad, más lejos aun de mi asombro. Eso sí, tengo bien claro

que todo esto no es culpa mía.

"No he necesitado nunca entender, de una manera 'racional', mi trabajo. Tampoco pretendo describirlo con palabras: mi lenguaje es la pintura."¹ A ocho años de su primera exposición individual y escasos once de su primera participación en una colectiva, Sergio Hernández ha encontrado, tal vez pese a sí mismo, una forma totalmente singular de plantear plásticamente un mundo interno que en otro momento ha sido movido por el externo.

"La pintura es magia y brujería. En ella aparecen cosas y uno le echa otras tantas. Es como cuando un curandero hace una limpia: no se sabe si va a curar o no. Él está convencido de que sí, pero uno no; uno sólo quiere ser curado. Lo que echa se recibe. Si se logró, qué bueno, ya estás tranquilo; si no, habrá que ver a otro brujo. Esto es la pintura también. . ."²

Y ahí están para probarlo los dibujos que realizó basado en el libro editado por Amnistía Internacional que recogía los increíbles métodos de tortura utilizados por la Inquisición europea y que, dada la "transferencia de tecnología" en este campo, se encontraron también en la América virreinal.

En un afán casi obsesivo, puede decirse que "inventarió" todos y cada uno de los instrumentos para replantearlos con su propio lenguaje sobre las telas y los papeles. A modo



¹ Sergio Hernández, Texto reproducido en la tarjeta de invitación de la exposición titulada *Sergio Hernández, Pintura*, llevada a cabo en la desaparecida Galería Chapultepec.

² Entrevista inédita con Sergio Hernández realizada el 16 de agosto de 1988 en su casa de la ciudad de México.



Díptico. Foto de Salvador Lutteroth

de conjuro para el olvido, Sergio Hernández toma de la realidad la parte menos creíble y la reconstruye. "...se ha interesado en el arte del alto medioevo. Por ejemplo, ha estudiado y admirado los comentarios del *Apocalipsis* del beato de Liévana. Algo de todo aquello pasó a formar parte de sí mismo al mancomnarse con huellas de vivencia —pudieramos denominarlas pulsiones— de su temprana infancia."³ El replantear lo sucedido en el tiempo de los juglares (cuya música suele acompañar a Sergio durante los largos procesos de trabajo) y traducirlo a una forma contemporánea de ver las diferentes obras plásticas, es posiblemente uno de los méritos

³ Teresa del Condé, *Sergio Hernández. Tiempos coludidos*. Texto reproducido en el catálogo de presentación de la exposición titulada simplemente *Seis Dípticos*, llevada a cabo en la Galería de Arte Contemporáneo en la ciudad de México del 11 de agosto al 30 de septiembre de 1988. (Finalmente el día de la inauguración había siete dípticos y no seis, como marca el catálogo, de modo que una de las seis piezas no fue reproducida fotográficamente. Por su parte, todas las piezas medían 190 x 280 cms. y fueron facturadas con óleo y arena sobre tela entre 1987 y 1988.)

importantes de destacar en este pintor. Asimismo, las telas que trabaja últimamente y de cuya producción es posible ver parte en la Galería de Arte Contemporáneo, poseen en sí mismas un código que ya puede ser reconocido como de la propiedad de Sergio. Tanto los colores como la manera de situar las figuras dentro del plano, hablan ya de una actitud singular de enfrentarse al hecho pictórico.

"Si yo muriese ahora, quemaría toda mi pintura. En realidad yo sigo pintando, aunque no me gusta, tal vez porque trato de hallar algo que quiero ver y que no encuentro, o sea, que al pintar yo quiero hacer lo que no se ha hecho para ver lo que siempre se ha querido ver. La realidad es que a mí nunca me ha importado si voy bien o mal. Yo sé que si trabajo ocho, nueve o diez horas al día, hay menos posibilidades de perderse que si se tratara sólo de estar a gusto con el cuadro. De todos modos no sé a dónde voy. He cambiado mucho, de casas estructuradas a paisajes, a formas taurinas, a abstractos, a figurativos, pero nunca toco de nuevo los elementos que toqué antes."⁴

⁴ Entrevista inédita. *Op. cit.*

Así, los hombres de sus cuadros parecieran estar constantemente en un suplicio eterno; caen al vacío que está fuera del cuadro y donde de seguro continuarán su viaje a la nada que es la pesadilla de los siglos, o se queman en la lumbre de los infiernos que se describen con esas llamas que en un alarde de precisión no se quedan ni al ras del suelo para hornear sólo las plantas de los pies, ni tampoco nos cubren de cuerpo completo para eliminarnos en unos cuantos segundos: se quedan justo a la altura del medio cuerpo, ahí, para siempre, sin quemar del todo al pecador pero tampoco liberándolo; se quedan ahí para muestra y escarmiento de los terrenos que nos enfrentamos a esas imágenes. Esos son los habitantes de la pintura de Sergio Hernández: los que pecaron por no creer en lo increíble; los que amaron, los que en uso de su inteligencia dudaron; los que durante años han demostrado con la incineración sin avance de su cuerpo que son más héroes, más admirados, más cercanos a la beatificación que a la condena, porque soportan desde siglos la lumbre que en nuestro descuido es avivada, como mudado a un escenario de teatro o restaurado en un altar en ausencia de los fieles.



Díptico. Foto de Salvador Lutteroth

El enfrentamiento con un cuadro de Sergio Hernández lleva al entendimiento de que se está "en la otra orilla" de lo artesanal. Su trabajo, lejos de tocar cada uno de los referentes que de seguro alimentaron su infancia en Huajuapán de León, en Oaxaca, los trasgrede no recreándolos ni mucho menos replanteándolos como alimento de origen, sino cuestionándolos y desmenuzándolos de manera minuciosa y delicada. El análisis que a través de la obra de Sergio es posible hacer del entorno que le rodeó en su niñez, nos lleva en un primer acercamiento a entender que, pese a los viajes realizados y a la mucha pintura que se encuentra en el conocimiento de este pintor que es asiduo visitante de los museos de Europa y Estados Unidos, no han desaparecido raíces y códigos profundamente mexicanos (el color y el aparente miedo a los vacíos que no por eso deja de lado su capacidad de síntesis, por ejemplo); más aún, se han reafirmado como si fueran el único asidero que está a la mano.

"Algo importante fue haber conocido gente muy profesional en la pintura, recapacitar mucho sobre el mito de París. . . Hay muchas cosas en París que uno no ve como turista, pero ya

viviendo ahí, se topa uno con talleres de grabado, exposiciones en lugares muy escondidos, malas unas, otras buenas, eventos como mi exposición así como muy extraños sucesos que nunca puedes ver si estás aquí metido, cantidad de pintores muy profesionales; en fin, me tembló el piso, y regresé convencido de que tenía que darle cada vez más duro. Para mí fue muy importante. Los grandes museos, la gran pintura, el Cristo de Grünewald me tienen todavía así como impactado, vaya, con eso tuve; el Museo del Hombre, las cosas africanas, en fin, eso fue importante, no tanto la vida en París; es bonita, pero no. Yo creo que soy un inconforme. Mis amigos me preguntan: '¿Estás contento en México?' '¡No!' '¿Estás contento en París?' '¡No!', no me hallo, siempre he sido como extranjero hasta en mi propia tierra. En mi familia siempre anduvimos de casa en casa, hasta la fecha. La verdad es que me siento cómodo en cualquier lugar y luego lo que me incomoda es no poder pintar, porque no tengo los medios, creo que es más un problema de ser."⁵

⁵ Entrevista inédita. Op. cit.

Durante la estancia de Sergio Hernández en París, se llevó a cabo en el Centro Cultural Mexicano de esa ciudad una exposición que contó con la presentación atinada de Fernando del Paso. En una de sus partes dice: "O quizá fue que un día Sergio sintió de pronto que el color, que sus colores: esos que de manera tan flagrante y agresiva nos ciegan en un carnaval abigarrado y truculento que recuerda los mejores momentos de Ensor, que sus colores, decía, no le eran ya útiles para expresar el verdadero color de su pena, y decidió cubrirlos con una espesa, negra capa de olvido."⁶ Fue en aquella ocasión en donde presentó entre otras obras importantes la pieza titulada *La paleta moderna* (que en realidad no es que llevara ese título en cédula de sala, en tanto que

⁶ Fernando Del Paso, *La Fête Noire*. Texto para la exposición de Sergio Hernández en París titulada *Peintures, Aquarelles et Sculptures* realizada del 4 de marzo al 15 de abril de 1987 en el Centro Cultural Mexicano. El texto fue traducido posteriormente al español y utilizado para el catálogo-invitación de su muestra en la Galería de Arte Contemporáneo llevada a cabo del 24 de septiembre al 24 de octubre de 1987.



es la frase que aparece en el propio cuadro) y que no es más que la reconstrucción de una tlapalería que se encontraba cerca de la casa que habitó en la calle de Argentina 99, altos. En esta pieza realizó, de un modo similar al que usaría para los cuadros basados en el libro de Amnistía Internacional, el formato que da la idea de inventario de los objetos que se encuentran en determinado lugar. Ahora enseres para jardinería, tijeras, bandas, brochas; ahora sillas con sujetadores que dejan preso en su propio asiento al enjuiciado, postes atravesados por un punzón que entrará por la nuca, prensas que harán sucumbir al cráneo más resistente oprimiéndolo por los costados. "En las presentaciones me descubro yo a través del texto. Es decir, nunca había pensado ni meditado lo que se dice de mí; sin embargo, al leerlo, hasta me intimidó porque siento que alguien sabe más de mí que yo mismo. Al leer la presentación de Fernando del Paso en donde da su definición de cómo abordó la pintura, descubro que yo ya había intuido que era de esa manera, pero cuando él me la aclara y me la hace más evidente, me resulta

una sensación extraña, rara."⁷ Tal vez a los que nos enfrentamos a su pintura nos suceda algo bastante similar. De alguna manera, hemos intuido de antemano que existe un mundo diferente al que habitamos pero compuesto por elementos que son parte de nuestra cotidianidad; en su obra, esos elementos requieren de otra lectura, de otra asimilación que los ponga ante nuestros ojos como el complemento a la vida terrenal en la que nos desarrollamos. La magia, la brujería, el uso de elementos de tortura con los que se terminaba la vida de los aparentemente contrarios a la Iglesia, los cantos de los juglares como trasfondo de una escena, los hombres que caen, caen, caen, los caimanes que enseñan su cola, las siluetas que más parecen ánimas en transcurso, en transición de poseer a un cuerpo vivo o perecer desintegradas, son parte importante de la colección de elementos-código de los que Sergio se vale para replantearnos la existencia. Su pintura (como casi toda la buena pintura), no evoca; provoca. No somos los mismos después de mirar los

⁷ Entrevista inédita. *Op. cit.*

animales fantásticos que se asoman por los rincones del bastidor, como en otro tiempo debimos mudarnos cuando nos enfrentamos a sus casas simétricas, casi todas hechas de la misma manera, los mercados, las ropas, las frutas, la sangre, la muerte, todo pintado con colores de la mayor luminosidad.

Ahora somos testigos de un ritual severo. Se nos ha revelado tal y como si pudiéramos mirar el mundo completo en un ciclorama, la noche a la que se le rasca lo oscuro para descubrir tras ella el otro lado despierto de la Tierra; el día con los colores exuberantes, llenos de sí mismos, lúdicos y cachondos, felices de ser vida y muerte al mismo tiempo, de ser el elemento venerado por el dueño de su distribución sobre un plano, de ser el ejemplo perfecto para ilustrar la hierofonía y comenzar una nueva forma de adoración; podemos oficiar con el acto de ver y ser a un tiempo sacerdote y feligrés: el ritual consiste, para los iniciados, en reconocerse en las siluetas de los hombres que habitan los cuadros. Para los veteranos en oficios, en saber el punto exacto al que se llega una vez que se ha emprendido el viaje. ◊